

CAPÍTULO X.

Reinado de Carlos III.—Continúa la resistencia instintiva del gusto nacional.—El cambio doctrinal triunfa al cabo.—Poetastros célebres.—Dos curas de Fruime.—Nifo.—Primeros frutos sazonados de la reforma.—Moratin (don Nicolas).—Cadalso.—Escuela poética salmantina.—Fray Diego Gonzalez.—Huerta.—*La Raquel*.—Iglesias.

Fuera de aquellos momentos felices en que el estro de la patria arde con fuego propio y se abre paso entre estorbos de origen extranjero, la poesía, como otras fuerzas morales, camina de imitación en imitación. En España, prescindiendo de los romances y del teatro, en los cuales se retrata á sí propio el espíritu nacional con fieles y espléndidos colores, la poesía erudita y académica va casi siempre á la rastra de inspiración extraña. Primero reina en ella el elemento *provenzal*, en seguida el *italiano*, casi al mismo tiempo el *latino*, más adelante el *frances*.—Torrepalma, Poreél y algunos otros, aunque pugnaron como reformadores, no penetraron bastante en el gusto de la escuela francesa. Por eso fueron tan fugaces en aquella era doctrinal su gloria y su influencia. No eran bastante franceses para una época en que, como dice muy acertadamente Quintana, *comiamos, vestiamos, bailábamos y pensábamos á la francesa* (1). Entrada ya en sazón la doctrina sana, pero estrecha, que nos daba en sensatez y en atildado gusto cuanto nos quitaba en riqueza, en hechizo y en libertad; mal avenida, por otra parte, la imaginación de los españoles con la poesía desmayada y glacial de Montiano, de don Juan de Iriarte, de don Pedro de Silva, del padre Benavente y del mismo Luzán, que, si escribían con bastante corrección, no hacían sentir en sus versos una sola vibración del alma, era forzoso que llegasen á connaturalizarse algún tanto con el espíritu nacional las formas de la nueva civilización literaria, que, llevada, como anteriormente hemos indicado, en alas de la gloria de los escritores inmortales del siglo de Luis XIV, subyugaba con el rigor de la forma, con la majestad del pensamiento, con la limpieza del estilo, las letras de todas las naciones cultas, aún de aquellas donde habían derramado luz tan esplendorosa Shakspeare, Ariosto y Calderón.

En manos de la medianía, la amalgama, producida por la lucha misma, de dos escuelas de tan diversa esencia y entre sí tan poco conciliables, fué una verdadera calamidad literaria. De los infelices poetas que cultivaron esta híbrida y falsa inspiración, algunos alcanzaron renombre, en verdad poco merecido. Dos de ellos son dignos de un honroso recuerdo. Es el uno don Diego Antonio Cernadas de Castro, natural de Santiago de Galicia, famosísimo en su tiempo, como poeta, con el nombre de *el Cura de Fruime*. Y por cierto que es inexplicable su fama extraordinaria. Cernadas, párroco admirable por su dulce, paternal y caritativa condición, no escribió libro alguno de esos que provocan la admiración y suscitan la gloria. Dotado de una modestia evangélica sin igual, pasó la vida entera, por gusto suyo, en la pobre y solitaria aldea de San Martín de Fruime. Y, sin embargo, su nombre resonaba en toda España, y todo por unos insignificantes versos, en que no hay ni hechizo, ni emoción, ni grandeza. Su afición al estudio y su correspondencia con doctos amigos de Madrid no le infundieron el fuego de la inspiración, pero le preservaron hasta cierto punto de la insufrible afectación que afeaba la literatura de su tiempo. Acaso su misma sencillez le hizo simpático. Sus versos eran leídos en todas las clases de la sociedad (2). ¡Caprichos de

(1) *Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII.*

(2) Murió en Fruime, el año de 1777. Pondremos aquí una breve muestra de su estilo. Un poeta cas-

tellano hizo esta punzante descripción burlesca del reino de Galicia y de sus gentes:

Reino infeliz, país desventurado,
De España milidar, rincón del mundo,

la suerte! Otro cura de Fruime, don Antonio Francisco de Castro, cabalmente el inmediato sucesor de Cernadas, fué también poeta, y mejor poeta que éste, aunque mediano. Pero su nombre quedó ignorado, así como sus obras, que por primera vez han salido á luz há algunos años (1).

El otro poeta á que nos hemos referido es don Francisco Mariano Nifo.

Semejante á Mañer en su afición á propagar en obras periódicas el conocimiento de los adelantamientos europeos (2), traductor infatigable como él, también se le asemeja en su escasa aptitud para la poesía elevada, si bien le sobrepuja en fecundidad y soltura. En 1746 publicó unos endecasílabos á la coronación de Fernando VI. A la muerte de este soberano publicó otra composición endecasílabo, titulada *Voces llenas de amor*, etc. En ambas poesías resaltan á un tiempo el alambicamiento y el prosaísmo. Celebró en sus versos á la reina madre doña Isabel Farnesio y á las célebres comediantas María Bermejo y María Lavenant (3). Esta última había representado el papel principal en el drama heroico de Metastasio, traducido por Nifo, titulado *Hypsipile, princesa de Lémnos*. Andando el tiempo se corrigió algún tanto este escritor, en sus comedias y en sus poesías líricas, del artificioso estilo tan común en la época de su mocedad, mas sin adquirir por eso fuerza ni elevación. Si pudo pasar en tiempo de Fernando VI por un mozo aplicado, que daba esperanzas de adelantar en la poesía, ya entrado el reinado de Carlos III no fué tenido sino en lo que realmente era: un versificador vulgar, sin sentimiento poético, sin gusto y sin inspiración.

Fuó muy apreciado por su incansable actividad y por sus prendas morales. Estuvo preso algún tiempo por disensiones graves de familia, y, á pesar de su actividad extraordinaria, no llegó á alcanzar la prosperidad que ambicionaba. Así puede inferirse de lo que él mismo declara en algunas de sus obras, y singularmente en el romance dirigido á su mujer, que empieza:

Amada consorte mía..... (4).

Entre tinieblas siempre sepultado;
Aspero, rudo clima, temple airado;
Infel, bárbaro trato, sitio inmundo;
Gente sin sociedad, campo infecundo.

En el nombre de Dios santo y eterno,
Con cuánta fuerza tiene el exorcismo,
Te conjuro y apremio, triste averno,
Para que me declares por tí mismo
Si eres en realidad el propio infierno,
O si eres el retrato del abismo.

Ofendido Cernadas al ver tan maltratada á su querida tierra natal, limitó su desagravio á glosar el primer verso en estos términos:

Es hermosa mi huerta y fértil; pero
Viene la oruga, cómela y la afea;
Por bien abastecido que lo vea,
Viene el ratón, y estrágame el granero;
Muy poblada mi viña considero;
Viene el marrano vil, y la estropea;
Gallinas y sustancia hay en mi aldea;
Viene y las rapa el zorro trapacero.

Oruga el asturiano en su codicia,
Ratón el castellano desdichado,
Marrano el andaluz en su inmundicia,
Y zorro el montañés disimulado,
Éstos la comen, y hacen á Galicia
Reino infeliz, país desventurado.

(1) En Orense, 1841.

(2) Publicó, además de otros muchos periódicos, el *Correo general de España*, bajo los auspicios de la Real Junta de Comercio de Madrid. El Consejo de Castilla protegió esta publicación, y expidió una

circular para que de todo el reino se remitiesen á Nifo las noticias que él mismo pedía en un interrogatorio.

(3) María Lavenant y Quirante fué una actriz dotada de extraordinario talento y hechizo. A pesar de haber brillado corto tiempo en la escena, quedó grabado en la memoria del público el embeleso que causaba en varios papeles, ya patéticos, ya festivos. Muchos años después de su muerte se recordaba todavía con deleite el entusiasmo que infundía en sus oyentes cuando cantaba aquella famosa copla:

Es en glorias pasadas
El pensamiento,
Unas veces verdugo,
Y otras consuelo.....

Preciábase de elegante y esplendorosa en el vestir, y se cuenta que dejó más de noventa vestidos de lujo.

Murió de un modo edificante, el día 1.º de Abril de 1767, á la edad de veinticuatro años.

(4) Algunos años después de la muerte de Nifo, un hermano suyo dió á la estampa (1805) sus principales obras líricas y dramáticas. Entre éstas, la comedia titulada *Matilde*, y *La casta Amante de Teruel*, doña Isabel de Segura, que Nifo llama *escena patética*, y que es en realidad de lo más lánguido y palabrero que se ha escrito en castellano.— En vida

Don Nicolas Fernandez de Moratin se habia esforzado por amoldarse á las severas prescripciones de los preceptistas y de los gramáticos; pero era demasiado poeta para rendirse servilmente al yugo de la imitacion. Cuando estro sincero encendia su imaginacion, brotaban en sus versos aquellos acentos de la patria que le habian arrullado en la cuna, sacudia por instinto, como en la inimitable *Fiesta de toros en Madrid* y en los *romances moriscos*, las cadenas que voluntariamente se imponia, daba libre rienda á su estilo brioso y desembarazado, y al ardiente espíritu nacional que enardecia su alma, y era un poeta de castizo y noble linaje. Ticknor dice que *don Nicolas Moratin* fué «el sucesor y, hasta cierto punto, el heredero de las opiniones de *Luzan*.» Tal vez el mismo *Moratin* lo creeria así cuando, en reemplazo de su amigo el poeta trágico *Ayala*, desempeñaba, hablando con gran respeto de *Boileau*, la cátedra de poética en el Colegio Imperial, ó cuando en sus composiciones amorosas imitaba al *Petrarca*. Pero, en verdad, no hallamos título alguno de sucesion entre *Luzan* y *Moratin*, como no sea la casualidad de haber nacido éste el año mismo en que salió á luz la *Poética* de aquél. Pocas veces se encuentran en las letras dos hombres de tan diferente naturaleza. El uno todo cordura, imitacion, esmero; el otro todo arranque, imaginacion y sentimiento: el uno vive con la reflexion y con los preceptos; el otro vuela con el ímpetu irreflexivo de los poetas, y ahoga sus prendas privilegiadas cuando se juzga obligado á seguir humildemente la senda trazada de antemano por los principios convencionales. *Don Nicolas Moratin* era demasiado español para encadenar sin tregua las alas de su fantasía. Acepta los preceptos de la escuela francesa, pero vive su númen en involuntaria y constante pugna con ellos. ¿No veis cómo vuela su espíritu á cada momento hácia las tradiciones poéticas de la patria? ¿No os admira el ingenio con que quiere disculpar las corridas de toros? Se atreve á cantar á *Pedro Romero*, torero insigne, y lo hace, no en un romance popular, sino en una oda de grande elevacion lírica, como cantaba *Píndaro* á los atletas de *Olimpia* y de *Nemea*. Para él la barbarie de las corridas, que no puede negar, desaparece ante el arrojo y la elegante gallardía de los lidiadores españoles, como se olvida la osada desnudez de las estatuas griegas ante el mágico hechizo del arte. Él, ademas, con su fogosa imaginacion española, no ve en aquellas fiestas sangrientas sino la intrepidez de su raza. Así dice de *Pedro Romero*:

Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos, su altivez mostrando;
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Serenos el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando.
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brío
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío,
¡Con cuánto señorío!
¡Qué ademan varonil! ¡qué gentileza!.....
Tu anciano padre, el gladiador ibero,

Que á Grecia España opone.....
No puede serenarse
Hasta que mira, al golpe poderoso,
El bruto impetuoso
Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que, por nativo brío,
Solamente no es bárbara en España.
.....
¿Cómo vencer á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si éstos sus juegos son y su alegría?
¡Oh, no conozca España que varones
Tan invencibles cria!.....

de *Nifo* se burlaba de él *Moratin* (*Leandro*) en estos versos familiares:

Nifo, ¡oh pestilente *Nifo*!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voces:
Tan sólo el diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y, por divertirse, hacerte
Escritor de callejuela.....
Yo, que no soy embrollon,

Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba *Huerta*;
Yo, cuando en tal ignominia
Está de *Apolo* la ciencia,
¿He de escribir mientras *Nifo*
Escribe que se las pela?

Tambien *Forner* hace mofa de *Nifo*, designándole con el nombre de *Lupino*, en su sátira contra los malos escritores:

Ves al triste *Lupino*, etc.

Quien así, con el sentimiento nacional, lo realza y ennoblece todo, no era, no podia ser el continuador de helados preceptistas como *Luzan*; ardía en su mente la llama del poeta.

Era, ademas, *don Nicolas Moratin* hombre instruido, puro y fácil hablista, armonioso versificador y, más que todo, promovedor de los adelantamientos literarios. A él se debió la creacion de la célebre tertulia de la *Fonda de San Sebastian*, compuesta de hombres insignes, tales como *Ayala*, autor de la tragedia *Numancia destruida*; *Muñoz*, historiador del Nuevo-Mundo; *Cerdá*, bibliógrafo y anticuario; *Pizzi*, orientalista; *Signorelli*, historiador del teatro; *Ortega*, botánico; *Conti*, *Cadalso*, *Iriarte* (*don Tomas*), *Bernascone*, y otros hombres de alta ilustracion (1). Esta tertulia fué como una reproduccion, con más avanzados elementos y en forma más adecuada á las nuevas costumbres, de la memorable *Academia del Buen Gusto*. Aunque las damas no tenian cabida en la tertulia literaria de la *Fonda de San Sebastian*, no por eso era su instituto árido y sombrío. Estaba prohibido conversar sobre asuntos políticos, materia entónces para ellos escabrosa y acerba. Habíase formado la tertulia despues de la caída del Conde de *Aranda*, favorecedor incansable de todos los que se señalaban en ciencias y letras, y especialmente de los que componian aquella sociedad; y este recuerdo, que podia explotar la envidia en contra suya, les obligaba á proceder con circunspeccion y cautela. Sólo se permitía hablar «de teatro, de toros, de amores y de versos» (2). Con este risueño programa, y animados todos de espíritu modesto y fraternal, nada comun entre sabios, críticos y poetas, pasaban allí alegres horas, ocupados en sabrosas pláticas y lecturas, con las cuales se depuraba el gusto y se ensanchaban las ideas. La famosa tertulia de la *Fonda de San Sebastian* ejerció indudablemente poderosa influencia en el movimiento literario del reinado de *Carlos III*, y en dar asiento y madurez á las doctrinas de imitacion y compostura de los maestros pseudo-clásicos franceses é italianos (3).

Don José Cadalso fué el primero que entró de lleno en la nueva senda, y cultivó sin lucha, sin violencia y sin contradicciones de estilo las letras amaneradas de la escuela francesa. ¡Qué mucho, si se habia educado en París, y volvió á España á los veinte años, hablando diferentes lenguas, y prendado, como era consiguiente, de *Racine* y de *Voltaire*, de *Diderot* y de *Montesquieu*! Los primeros deleites que embelesan el entendimiento en edad temprana, dejan huellas profundas, que difícilmente se borran. *Cadalso*, por más que imita á *Villegas*, á *Quevedo* y á *Góngora*; por más que acrisola y fortalece el acendrado amor que profesó siempre á su patria, vuelve á cada paso involuntariamente los ojos á aquel cielo intelectual de donde recibió la luz primera de la poesía. Quiere probar sus fuerzas en la tragedia, escogiendo un asunto eminentemente castellano (*Sancho García*), y no sólo se ata con las cadenas de *Boileau*, sino que se complace en adoptar los versos pareados del teatro frances, sin echar de ver que habia de ser intolerable á oídos españoles el monótono martilleo. Quiere pintar uno de los delirios amorosos de su vida, y la fruicion amarga que habia experimentado haciendo desenterrar clandestinamente, en la iglesia de *San Sebastian*, el cadáver de la mujer que amaba (*Noches lúgubres*), y *Young*, poeta de la época de la reina *Ana*, esto es, poeta inglés á la francesa, es el modelo que le ofrece cuadro adecuado para desplegar enfáticamente el fúnebre dolor que le abruma (4).

De ingenio ameno, simpático y flexible, todos sus versos fueron recibidos con aplauso.

(1) *Vida de don Nicolas Fernandez de Moratin*, escrita por su hijo *don Leandro* al frente de las *Obras póstumas* de aquél. Barcelona, 1821.

(2) *Don Leandro* de *Moratin*.

(3) No nos detenemos más en el juicio de *don Nicolas de Moratin* como poeta lírico, porque de este ilustre escritor se ha dado completa idea en el tomo II de esta BIBLIOTECA.

(4) Todos los contemporáneos de *Cadalso*, *Moratin* entre ellos, dan testimonio de la pasión que inspiró al tierno poeta *María Ignacia Ibañez*, actriz joven, modesta y hermosa. A la muerte prematura de esta mujer adorada, subió de punto la exaltacion de *Cadalso*, hasta parar en la extravagancia de desenterrar el cadáver, con mil riesgos y dificultades. Este es el asunto real de las *Noches lúgubres*. (Véase la curiosa carta, impresa en el presente tomo, á continuacion de la noticia biográfica de *Cadalso*.)

Muchos de ellos se leen todavía con gusto, especialmente los cortos y festivos, donde campean soltura, gracia y vena satírica; y no podrán morir en la historia de las letras, porque, si no es muy alto su valor absoluto, tienen el incontestable mérito de ser acaso el ejemplo trascendental de donde arranca aquella poesía de los primeros tiempos de Carlos III, no conmovedora ni sublime, pero noble, correcta, que habla ya un idioma claro y seguro, y que acaba por producir á Melendez, á Moratin y á Quintana.

El talento poético de *Cadalso* no carece de facilidad y de halago; pero en ningún género es eminente. ¿Cómo comprender, pues, la acción poderosa que ejerció en el desarrollo poético de su tiempo? Tres causas encontramos, sin embargo, para explicar esta influencia eficaz de *Cadalso*: su educación literaria; su época, preparada para recibir favorablemente una literatura superficial y acicalada; y ante todo, el atractivo personal del simpático poeta, á quien todos amaban, y cuyo entusiasmo se infundía dulcemente en el ánimo de sus amigos. La erudición de *Cadalso* no era ni muy amplia ni muy profunda, y podría decirse que, sin caer en ello, se satirizó á sí propio en los *Eruditos á la violeta*. Pero esta erudición escasa era de buena ley y grandemente acomodada para ayudar al impulso de filológica reforma que cada día tomaba mayor vuelo y ensanche. Ya en Madrid, en la tertulia literaria de la Fonda de San Sebastian; ya en el tránsito de la vida militar, cambiando de guarnición á cada momento; ya en Alcalá de Henares, donde conoció á *Jovellanos*, colegial entonces de San Ildefonso; ya entre los hombres estudiosos de la universidad de Salamanca; ya en la celda apacible y solitaria de *fray Diego Gonzalez*; siempre es *Cadalso* el mismo; siempre impone, sin intentarlo, el dulce ascendiente de su alma, que á nadie ofende y que á todos estimula y alienta. Hombres á él muy superiores rinden á su talento admiración respetuosa: *don Nicolas de Moratin* y *fray Diego* le ensalzan en sus versos; *Melendez* le reconoce por director y por modelo; *Jovellanos* dice que le hizo *trazar al Parnaso con el agujón de su ejemplo*. Hasta *Huerta*, que con su índole áspera y descontentadiza alejaba de sí á todos sus amigos, mantiene con *Cadalso* cordiales y constantes vínculos de respeto y de afecto. ¿Y quién es este Mecénas, que así cautiva las voluntades y así fomenta las luces? Un simple capitán, que carece totalmente de riqueza y poder, pero que tiene, en cambio, fe y entusiasmo; y nadie rechaza sus advertencias, porque están dictadas, en tiempo de acerbadas hostilidades literarias, sin amor propio, sin malevolencia, sin envidia y sin intolerancia.

En la carrera militar halló igual correspondencia de parte de sus compañeros y de sus jefes. El ilustre *Conde de Aranda* se declaró protector suyo, y le dió amparo en momentos de apuro (1). Siendo ya coronel, y considerado como uno de los oficiales más brillantes y entendidos de nuestro ejército, murió prematura y gloriosamente en el sitio de Gibraltar. Su muerte fué universalmente lamentada, y hasta el gobernador de aquella plaza y muchos oficiales ingleses, que le conocían y apreciaban, honraron su memoria dando muestras públicas de duelo por la muerte de un militar tan valiente y tan instruido (2).

(1) Para salvarlo de los embarazos judiciales que le acarrió la tentativa de exhumación del cadáver de María Ignacia Ibañez, el Conde de Aranda desterró á *Cadalso* de la corte.

(2) Mandaba una batería avanzada, y en la noche del 27 de Febrero de 1782, un casco de granada le hirió en la sien derecha y le llevó parte de la frente.

«Fué ocasión de su muerte el haber aquel día él entrado de servicio en lugar de un amigo suyo, Caraqueño, hermano de la Marquesa de Cuerpo-Santo; el cual, muerto *Cadalso* por hacerle á él el obsequio de reemplazarle, de pesar, luego se entró capuchino en Sevilla, donde le llamaban el padre

Caracas.» (Apunte autógrafo de don Bartolomé José Gallardo; al cual añade lo siguiente: «Me han dado esta noticia en Cádiz (1843) los parientes de *Cadalso*.»)

Como no había despertado en nadie los resentimientos de la envidia, su pérdida causó verdadera pesadumbre á todos los poetas. Hé aquí la interesante y sentida carta que en esta ocasión escribía *Melendez* á uno de sus amigos:

«Mi querido Mena: ¿Cómo ha recibido Vm. la desgracia del infeliz *Cadalso*? Vm. no le conocía; pero un hombre como él es una pérdida común para todas las almas sensibles. La mía maldice mil veces la guerra, esta guerra que me ha privado de

Se ha atribuido algunas veces á *Cadalso* la honra de haber creado en Salamanca aquel movimiento literario, precursor de la nueva era poética del reinado de Carlos III, con propiedad llamada *renacimiento de las letras españolas*, sin advertir que nada verdaderamente nacional renació, y que la civilización de aquel memorable reinado presentaba en todo caracteres nuevos, más europeos que españoles, más artificiales que espontáneos. *Cadalso*, que sólo residió en Salamanca por la movilidad continua de la vida marcial, alentó en gran manera, como hemos visto, con su entusiasmo y con su ejemplo, el cultivo de la poesía en aquella ciudad esclarecida; pero no fué, ni pudo ser, el iniciador exclusivo de la efervescencia intelectual, tan gloriosa como afortunada, que llegó á decorarse con el nombre un tanto pomposo de *escuela salmantina*, y que, después de un largo período de oscuridad y decadencia, fué tenido sin razón bastante por una verdadera restauración del siglo de oro.

Aquella efervescencia literaria era consecuencia natural de los adelantos que, aunque lentamente, iba haciendo España desde el advenimiento de la casa de Borbon, como también de los elementos activos que el nuevo estado de Europa traía sin tregua á la civilización española. Artes, ciencias, industria, espíritu de investigación y de examen, crítica, institutos literarios, todo iba cobrando vida, y *Cadalso* encontró ya los gérmenes de la nueva cultura poética, así en los claustros como en las escuelas de Salamanca. Más adelante creció el impulso, y tanto allí como en otras partes llegaron á formarse centros de luz y actividad poética. Pero á Salamanca, recobrándose aceleradamente de su dilatada postración, cupo entonces la gloria de adelantarse á las demás ciudades, y formar en su seno un foco de poesía más puro, más extenso y más trascendental. En cuanto al dictado de *escuela salmantina*, que se aplica al conjunto de poetas que allí dieron lustre á las letras castellanas en la segunda mitad del siglo XVIII (1), no puede considerarse más que como una designación sonora, nacida acaso de engreimiento local; designación que más adelante se propagó á Sevilla, y aún á Granada. Poco importaría en sí mismo el nombre, que la rutina ha consagrado, si no representase una idea errónea, que la crítica moderna reprueba, y que más daña que favorece al renombre de aquellos poetas. La palabra *escuela*, en filosofía, en política y en algunas ciencias, puede tener una significación clara, saludable y concreta; es un centro donde reinan principios fijos, donde se respeta un sistema, donde todo deriva de una disciplina doctrinal previa y rigurosamente establecida. Pero con referencia á la poesía, la palabra *escuela* es aventuradísima, y puede ser hasta un contrasentido, si se tiene en cuenta el campo inmenso y desembarazado que requieren para su libre é ilimitado desarrollo las artes de la imaginación. Ciertas prescripciones convencionales de forma, por grande que se suponga su importancia, no son ni pueden ser la esencia de la creación poética; y *escuela*, esto es *sistema*, y *poesía* son dos

un amigo tan bueno, y á quien seré toda mi vida obligado con el reconocimiento más íntimo. Sin él, yo no sería hoy nada. Mi gusto, mi afición á los buenos libros, mi talento poético, mi tal cual literatura, todo es suyo. Él me cogió en el segundo año de mis estudios, me abrió los ojos, me enseñó, me inspiró este noble entusiasmo de la amistad y de lo bueno, me formó el juicio; hizo conmigo todos los oficios que un buen padre con su hijo más querido. Yo me proponía, acabado este maldito campo (el cerco de Gibraltar), convidarle á esta ciudad, á que viera su obra y la acabara; instarle, importunarle, y tener el gusto de verme otra vez á su lado. ¡Cuántos motivos para llorar su desdichada falta! Tengo empezada una canción fúnebre, que si puede salir según mis ideas, lo será con toda propiedad. Vea Vm. las dos primeras estancias:

»Silencio angusto, bosques pavorosos, etc. (a).

»Yo quisiera imprimirla después, y consagrar á la santa amistad esta memoria. Tengo también algunos versos suyos inéditos, mejores, sin comparación, que los publicados por él, como cosa de setecientos. Quisiera también darlos á luz.» (Carta autógrafa de don Juan Melendez Valdés á su amigo el padre Mena, escrita en Salamanca, el 16 de Marzo de 1782. — Colección de manuscritos del señor Marqués de Pidal.)

«Con motivo de la muerte de *Cadalso*, ocurrida al lado del Conde de Noroña, escribió éste una *elegía*, y á más una oda en alabanza del mismo.» (Fuster, tomo II, pág. 381.)

(1) Quintana, Ticknor y otros muchos.

(a) Véase esta canción en las poesías de *Melendez*.